

Algunas notas sobre las pasiones trazadas por Aristóteles.

Mon, Martha.

Cita:

Mon, Martha (2005). *Algunas notas sobre las pasiones trazadas por Aristóteles. XII Jornadas de Investigación y Primer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-051/375>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ewYf/yQu>

ALGUNAS NOTAS SOBRE LAS PASIONES TRAZADAS POR ARISTÓTELES

Mon, Martha
Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires

Resumen

A partir de situar como pregunta cuales son las relaciones que mantiene el afecto con el significante, partiendo de ciertas afirmaciones freudianas planteadas en sus textos sobre metapsicología, respecto de que el afecto nunca se lo encuentra reprimido sino desplazado, metabolizado, etc, y del trabajo llevado adelante por Lacan también respecto del afecto, en su Seminario sobre la angustia, el presente trabajo pretende abordar el lugar que tienen los afectos, las pasiones, fundamentalmente la ira, en el trazado que nos deja Aristóteles en su libro sobre la retórica.

Palabras Clave

Afecto Pasiones Retórica Discurso

Abstract

SOME NOTES ON THE DESIGNED PASSIONS BY ARISTÓTELES

Departing from the question which are the relations the affect maintains with the significant, the present work pretends to approach the place corresponding to the affects, the passions, and especially wrath, in the description made by Aristóteles in his book on rethoric. The present study starts off certain affirmations made by Freud in his texts on metapsycology according to which the affect is merely displaced, metabolized, but never repressed, as well as off Jacques Lacan's investigation concerning the affect in his Seminar on anguish.

Key words

Affection Passions Retic Speech

Ubicar cual es la relación que mantiene el afecto con el significante podría ser una puerta de entrada para abordar algunos de los problemas que se plantean en Freud, sobre todo aquellos que se ve llevado a elaborar, una vez que sitúa el más allá del principio del placer.

Para ello voy a partir de una sugerencia que sitúa Lacan en el Seminario 10, "La Angustia", e intentar a partir de allí llevar adelante un pequeño recorrido por uno de los tratados de Aristóteles.

A propósito del trabajo que Lacan va a tomarse para situar la angustia, una de las primeras cosas que ubica es que se trata de un afecto. No es el único, quizá el que más atañe al psicoanálisis. Pero para hablar de los afectos, quizá casi antes de empezar, no habría que olvidar que uno de los problemas que Freud plantea fundamentalmente en la metapsicología, es que el afecto puede estar desplazado, loco, invertido, metabolizado, pero nunca reprimido. Lo reprimido son los significantes que lo amarran. El afecto, para Freud está desamarrado, va a la deriva. Situado esto entonces, un desvío: la retórica de Aristóteles es el sitio en donde mejor se trata el tema de las pasiones... "es en la referencia, en el hilo, en la red de la Retórica, donde está tomado lo mejor de las pasiones..." señala Lacan.

Si Aristóteles se ve llevado en su tratado de Retórica, a averiguar cuáles son los mecanismos de las pasiones humanas, al menos, algunas de ellas, es por que sabe que el orador, con su discurso,

las suscita, las provoca. Reducida, como lo quiere ARISTÓTELES, al arte de la argumentación, la retórica mantiene su parentesco con la dialéctica. Es una aplicación, una rama colateral de ella, es la forma que reviste la dialéctica cuando sale de las discusiones teóricas y se ejerce ante los tribunales y en las asambleas políticas. En cierto tramo de su discurso, Aristóteles defiende una retórica puesta al servicio de la causa justa, distanciándose del sofista, que podría defender cualquier causa independientemente de su moralidad. Aristóteles defiende la necesidad de reconocer estos recursos, no para utilizarlos en la defensa de una causa mala, sino para estar preparado y reconocer cuándo un contrario lo está haciendo. En esto Aristóteles continúa a su maestro Platón. Como la retórica pretende que se llegue a una decisión, ya sea en las deliberaciones públicas de la asamblea o en los juicios, de la Grecia Antigua, es necesario que no sólo se atienda a que el argumento sea convincente y fidedigno, sino que también es atinente que el orador esté en una determinada posición así como el juez y los oyentes. Esta determinada posición tiene mucha importancia para la persuasión, especialmente en las deliberaciones. Pues las decisiones que se toman en las asambleas no son ajenas de la posición afectiva de quienes las toman.

Para Aristóteles son los sentimientos de los que se derivan dolor y placer, como la ira, la piedad y otros por el estilo, así como sus contrarios, son los que con sus cambios afectan a las decisiones. Es por esto que le resulta imprescindible distinguirlos.

Conocer a qué responden, conocer su resorte, de qué están hechos esos sentimientos, esos afectos, es de total pertinencia para quienes quieren manejarse dentro del arte de la retórica. Efectivamente en este terreno, en el de la retórica, no se trata de establecer conclusiones rigurosamente necesarias y de certidumbre científica, si no de defender una tesis por medio de razones probativas, es decir de hacerla probable, de hacerla digna de verosimilitud, como dotada de mayor probabilidad de estar de acuerdo con la verdad.

Por eso la función del razonamiento retórico, es la persuasión, incapaz de producir certidumbre como la demostración dialéctica, no puede más que persuadir.

Es así que Aristóteles se ocupa del orador, de los oyentes y del discurso en sí. En otros términos, se ocupa de quién habla, de qué habla y para quién. Adelantándose siglos en los desarrollos de la lingüística.

Es decir, expone argumentos que se refieren al emisor. Expone otros argumentos que se refieren al receptor, a quien debe ponerse en determinada posición, de manera de provocar en él determinados estados de ánimo. Y por último elabora argumentos respecto del análisis formal del mensaje.

Del orador se ocupa en términos de prestigio, efecto que es necesario conseguir, que se logra a través de una posición moderada, que implica la discreción, la integridad y la buena voluntad. Se trata de ser digno de crédito para sus oyentes. El prestigio se logra como efecto del discurso, más que por ideas preconcebidas sobre la calidad humana del orador.

Por otro lado el discurso en sí, tiene que ser capaz de manifestar una verdad o su probabilidad, tiene que tener la capacidad de ser convincente. Este aspecto formal del discurso, estudia las formas de expresión de los argumentos y el lugar que ha de atribuírsele en la estructura del discurso, o si se quiere del orden de las partes.

Y por último, se ve llevado al terreno de los sentimientos del público, del oyente, y se ocupa en términos de que es quien toma las decisiones, y como no son las mismas decisiones las que pudiera tomar quien está alegre, que quien está afligido, demuestra tener un profundo conocimiento psicológico sobre distintos aspectos de los sentimientos humanos.

Si Aristóteles lleva adelante su estudio sobre la pasión humana, sobre los estados de ánimo, es sobre la idea de que es el discurso lo que predispone en dirección a una determinada pasión. Aristóteles demuestra claramente que los sentimientos son producto del discurso.

Lo que de alguna manera enseña Aristóteles es que el discurso produce cosas. Produce cosas como la Ira. Como la piedad. Como la vergüenza o como la envidia y el temor. Como la indignación, la emulación, o el desprecio. Para nombrar sólo algunas de las pasiones de las que se ocupa.

Aristóteles nos da su más acabada idea sobre lo que considera que es la ira, y cuáles son los motivos que pueden provocarla. Sin dejar de destacar exquisitas diferencias con el odio.

Dice así: "Sea la ira un anhelo de venganza manifiesta, acompañado de pesar, provocado por un menosprecio manifiesto contra uno mismo o contra un allegado, sin que el menosprecio estuviera justificado."

Para Aristóteles, la ira se da siempre con una persona concreta. No apunta a realizar su deseo de venganza contra algo general. Siempre es respecto de un particular. Y ahí radica una de las diferencias con el odio. El odio sí puede referirse a un universal. La ira no. Y es una de las ventajas que Aristóteles encuentra para la ira, esto le permite su extinción. Su cura. El odio para Aristóteles es incurable.

Ya que la ira siempre va acompañada de pesar, el que siente ira, el iracundo, sufre; en cambio el que odia, no. Pero retomemos la idea de la ira que nos deja Aristóteles para situar dos cosas: por un lado, considera como consecuencia de la ira un cierto placer, suscitado por la esperanza de vengarse, y lo dice así:

... "ya que es placentero creer que va a realizarse lo que se ansía"... "Por lo que uno le da vueltas una y otra vez a la venganza en su pensamiento, de modo que la ilusión que entonces le suscita le produce placer igual que en los sueños". El deseo de venganza una vez que puede satisfacerse, demuestra ser placentero. Deseo realizado y placer son solidarios como tanto insistió Freud. Y esta es la posibilidad que la ira tiene de extinguirse.

Por otro lado, si la condición de la ira es un menosprecio injustificado, o al menos sentido como tal, se ve llevado Aristóteles a examinar el menosprecio y sus formas. El menosprecio entonces es el fundamento del sentimiento de la ira.

Nos dice así "... el menosprecio es la opinión sobre algo que no se considera digno de nada convertida en acto"; esta es algo así como su idea más general, ya que esto, Aristóteles lo ve funcionando en tres figuras distintas: en el desprecio, en la humillación y en el ultraje.

... "Y es que el despreciativo menosprecia ya que es lo que se considera que no tiene ningún valor lo que se desprecia..."

La segunda forma de menosprecio que sitúa es la humillación. Y la define como "un impedimento a los propósitos de otro, sin ánimo de beneficio alguno para uno mismo, sino para que el otro no lo tenga".

Como quien humilla no espera beneficio alguno, menosprecia al otro, "pues es evidente que supone que (este otro) ni le puede hacer daño, (pues lo temería en lugar de menospreciarlo) ni le puede beneficiar en algo digno de mención".

Hay también menosprecio en el ultraje, ya que ultrajar es decir o hacer aquello de lo que la víctima se avergüenza, "sin ánimo de que le ocurra nada más que lo que le ocurrió, sino para disfrutar de ello". En este sentido, considera que: "la razón del placer que sienten quienes ultrajan es que creen que al hacer daño son superiores al otro"; y en este sentido también la deshonra es un aspecto del ultraje.

A partir de aquí, y en principio, podríamos decir en términos

muy generales, que Aristóteles ubica estas pasiones como el efecto que produce el discurso de alguien a partir de situar, mediante ese mismo discurso, al sujeto en una particular posición. Así, por ejemplo, lo que produce el sentimiento de ira es que el sujeto estaría ubicado, podríamos decir, como objeto de un desprecio. De esa particular posición del sujeto como objeto del desprecio es que la ira entonces es posible. Ese menosprecio "injustificado" es lo que se encuentra en la base de la ira.

A diferencia, si bien está muy cerca, de la figura de la indignación, esa otra pasión, o ese otro sufrimiento causado por los éxitos inmerecidos de otro.

O el temor, sufrimiento o turbación nacido de imaginar un mal venidero que puede provocar destrucción o sufrimiento. Lo temible, en este sentido, es algo que está próximo. El peligro, define Aristóteles, es la proximidad de algo temible.

Es de notar que estas pasiones son, para Aristóteles, efectos de cierta relación al prójimo. En relación con esto quisiera traer aquí un pasaje del seminario uno de Lacan. Allí se pregunta qué es la perversión y menciona lo siguiente: "...la perversión es una experiencia que permite profundizar lo que puede llamarse, en sentido pleno, la pasión humana, para emplear una expresión de Espinoza, es decir aquello por lo cual el hombre está abierto a esta división consigo mismo que estructura lo imaginario, o sea entre a y a", la relación especular. En efecto, es profundizando en esta hiancia del deseo humano donde aparecen todos los matices que se escalonan de la vergüenza al prestigio, de la bufonería al heroísmo, a través de los que el deseo humano está por entero expuesto, en el sentido más profundo del término, al deseo del Otro..."

Para concluir, hay que considerar que Aristóteles condena la retórica pasional y el hecho de encarar estos otros medios de persuasión, que son los que apelan a las disposiciones afectivas de los oyentes, ya que son procedimientos extralógicos, que recurren al ethos, y al phatos como meros auxiliares de la argumentación, pero su uso requiere por parte del orador una instrucción que va más allá del arte puramente formal y que se extiende al estudio teórico de las costumbres y las virtudes por una parte y a las afecciones por otra.

BIBLIOGRAFIA

- Aristóteles; Retórica. Clasicos de Grecia y Roma, Alianza Editorial, Madrid, 2002
Moreau J.; Aristóteles y su escuela; Editorial Universitaria de Bs. As. Argentina 972
Freud, S.; Trabajos sobre metapsicología, Obras Completas Libro XIV Amorrotu Editores, Bs. As. 1990
Lacan, J.; Seminario 10, La Angustia, 1962-1963 (Versión íntegra)
Lacan, J.; Seminario 1, Los Escritos Técnicos de Freud, Ediciones Paidós, Bs. As. - Argentina 1990.
Cosentino, J.C.; El giro de 1920, Más Allá del principio del placer. Ediciones Imago Bs.As. Argentina 2003